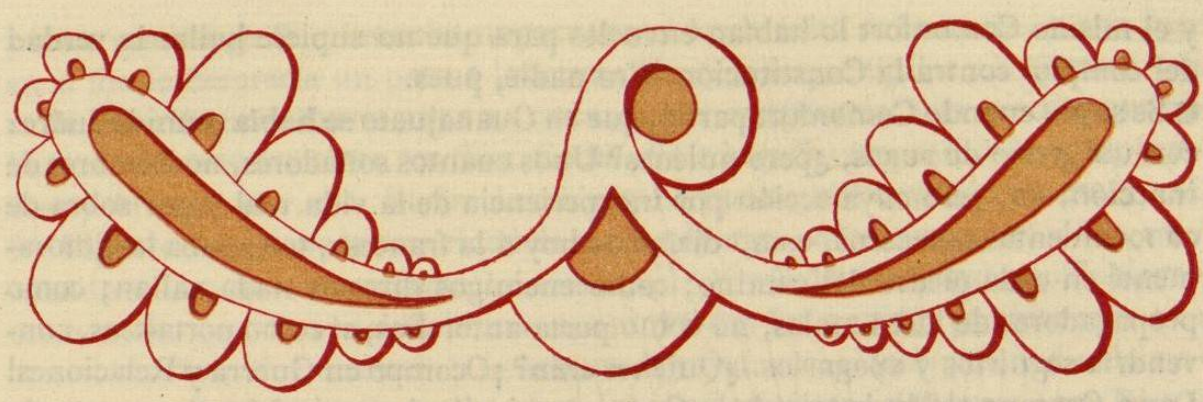
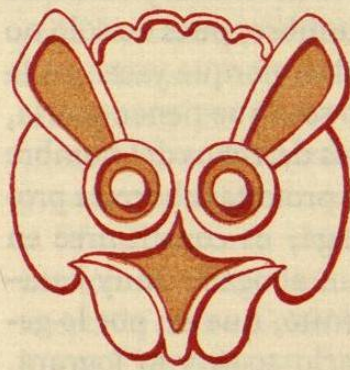


que ya no estaba en paz consigo mismo, iba a hacer la paz en la República.
E Zuloaga era un conservador más; se inclinaba entre los liberales en sus abso-
sion personal a Comonfort y nada más. Pero irradia una luz que se puso en
primer término, las constituciones de 1857 y 1859, lo hicieron, lo que
¿Qué ocurría, pues? Ya no existía la Constitución. Se había de un conato
ó coalición de algunos Estados del interior, de fuerzas que iban y venían, de
Parícuti, de Dolado, de Arizaga, de Dolado; es verdad que el movimiento se
había declarado por el Plan de Tacubaya y que el presidente Valeriano
daba. La Iglesia se pronunciaba respetuosamente, pero esto no bastaba; no
bastaba el Consejo de conservadores, moderados y otros levantado por Comonfort;
era preciso que este movimiento destruyera la coalición, y sobre todo y antes
todo, que destruyera la Ley Juárez y sobre todo y en el caso de la Ley Juárez, la Ley
de desamortización; que destruyera todo al claro, pero pronto. El poder
Comonfort decía: «Pero el es ley de las cosas nuevas, derechos nuevos,
posiciones nuevas, y todo bajo mi ley; bajo mi firma; bajo mi nombre.» ¿Qué ha-
cer en este caso?, decía al presidente el primer conservador D. José M. Guzmán.
—Dejar la Ley Juárez y poner en manos de los conservadores, con tanto
abogado.— ¿Y usted en mi lugar, cómo se aconsejaría con sus ideas, lo haría
interrogar a los antiguos Comonfort.— Yo no, contestó el caballero reaccionario.— Un
cuz, concluyó Comonfort, yo no lo haré jamás. Al día siguiente el brigada Xur-
loza se retiró a su departamento de Comonfort como presidente. Y Comon-
fort declaró, juntado las pocas fuerzas de que podía disponer, que quedaba
restablecida la Constitución de 57. Era aquella una noticia trágica. Venía
después, en la época de un vapor americano, que zarpa de Veracruz rumbo al
extranjero, una noticia de las costas de la Patria y sus acciones políticas se contin-
dian con las nubes, 1857 la noticia.
E El mismo día del segundo pronunciamiento de Juárez (11 de Enero 1858)
el Vicepresidente de la República fue puesto en libertad por orden de Comonfort.
Probablemente no hablaron nada los dos antiguos amigos. Juárez no podía re-
conocerlo como presidente, a pesar del acontecimiento. Comonfort se había au-
zado, juzgado y sancionado a sí mismo. No había presidente constitucional; en-
traba a sustituirlo según la Constitución, Juárez, el presidente de la Suprema
Corte. Fue el último servicio que hizo Comonfort a la causa liberal, no diré
a la Patria, porque seis años después murió por ella obscuramente. La tentativa
de hacer triunfar la Reforma a fuerza de persuasión y de clemencia había fr-
casado. La tremenda guerra civil de los tres años echó sus luces sangrientas.



LA REFORMA MILITANTE

I. HASTA ABRIL DE 59.



CUANDO, por una mañana glacial de Enero del cin-
cuenta y ocho, el general Comonfort, embozado en su
capa militar, abandonaba la capital por las callejas mal-
sanas y tristes del barrio de San Lázaro, el más impe-
tuoso de los jóvenes caudillos reaccionarios (Miramón)
deseaba vivamente capturarle y lo habría hecho á no
habérselo impedido con deprecaciones Zuloaga, EL COM-
PADRE, el predilecto del Presidente vencido, y el coronel
Osollo que le debía una persistente y casi misteriosa

deferencia personal. Lo que Miramón quería era guardarlo en rehenes, sin duda,
para obligar á LA COALICIÓN y al partido constitucionalista á confesarse «sin ban-
dera». Poco peritos en achaques de derecho constitucional y desconocedores á
todo trance de la flamante Constitución, dieron poca importancia, si es que la
dieron de alguna especie, á la personalidad de Juárez. Los que se informaron, y
deben de haber sido muy pocos, supieron vagamente que un abogado indio, que
había sido gobernador de Oajaca y que había dado la Ley que restringió los fue-
ros (por donde era particularmente odioso al ejército), gracias á su estrecha unión
con los PUROS, había logrado ser nombrado presidente de la Suprema Corte de
Justicia, y gracias á su amistad con Comonfort había sido encargado de la car-
tera de Gobernación. ¿Quién era? Nadie. La ley de fueros la había redactado,
¿quién lo había de crear?, el abogado yucateco Escudero y Echanove, persona de
excepcionales conocimientos jurídicos y que figuraba en las filas de los modera-
dos; en cuanto á su inteligencia y carácter, bien sabido era que entre Payno, Baz

y el mismo Comonfort lo habían envuelto para que no supiese hallar la verdad del complot contra la Constitución. Era nadie, pues.

☉ Se supo, cuando Comonfort partió, que en Guanajuato se había reunido Juárez con un grupo de PUROS, ¿pero quiénes? Unos cuantos soñadores, no hombres de inacción, no, pero cuya acción por inexperiencia de la vida real y por sobra de conocimientos LIBRESCOS, como diríamos hoy á la francesa, tropezaba lastimosamente en cada piedra del camino; como enemigos directos nada valían; como propagadores de ideas malas, no como porta-antorchas, sí como porta-teas, con vendría seguirlos y apagarlos. ¿Quiénes eran? ¡Ocampo en Guerra y Relaciones! Dar á Ocampo el Ministerio de la Guerra equivalía á suprimirlo, á no tomarlo por lo serio, á creer en las guardias nacionales, en los ejércitos populares, en los levantamientos en masa y otras grandes pamplinas; para barrer todo esto bastaban unas cuantas escobas en manos del ejército permanente. En lo que atañe á las relaciones exteriores, bien sabido es que las simpatías y esperanzas del señor Ocampo y de su yerno el Sr. Mata estaban en los Estados Unidos; eran yankófilos. Y seguían diciendo los triunfantes reactivos: ¡Guillermo Prieto, ministro de Hacienda! Ya lo ha sido, cierto, pero ¿quién puede quitarle lo poeta? Y por consiguiente hay incompatibilidad fundamental entre su magín y el orden y la administración; todo lo derrochará; por ventura no tendrá nada que gastar. El otro ministro es el licenciado León Guzmán, uno de esos que sueñan en la realización de LA DEMOCRACIA en un país compuesto de masas de indios y mestizos condenados á vivir durante un siglo todavía en la servidumbre, pues no sólo no conocen sus derechos, sino que son incapaces de conocerlos, porque yacen en la más irreparable ignorancia; muchos de ellos no saben, no sólo que tienen patria, sino qué cosa es la patria. Sostener, pues, la religión de los derechos del hombre como lo hace este peligroso alucinado, que á pesar de sus protestas aborrece profundamente á los ministros del altar, como Zarco y Arriaga, es constituirse en loco de atar. El licenciado Ruiz, hechura de Juárez, es un abogado muy batallador, muy decididor, muy inteligente, EL VERBO de D. Benito, que es, por lo general, un mudo. Como buen abogado procurará enredarlo todo y lo logrará. Este Ministerio hace un contraste marcadísimo con el nuestro (ese NUESTRO puede ponerse en boca del presbítero Valdovinos, p. e.):


☉ Tenemos en primer lugar al Sr. Zuloaga; no un gran militar, por cierto, pero sí un buen militar, un general de esos que han podido ser presidentes; mucho menor que Bustamante ó Paredes, pero mayor que Canalizo y Barragán. Tenemos á D. Luis G. Cuevas en Relaciones; éste es el gran batallador de los derechos de Méjico, y en la guerra con los franceses estuvo altivo, digno, severo, forzó un poco la nota rígida, estuvo bien; lo mismo en Querétaro, se opuso á la paz con los americanos con memorable elocuencia. Es un rectilíneo; es de esos que dicen PEREZCAN LAS COLONIAS, PERO SÁLVENSE LOS PRINCIPIOS; ahora diría «sálvese la Iglesia y perezca lo demás»; todo es percedero por otra parte, y para gobernar vale más meditar la «Imitación de Cristo» que coquetear con Maquiavelo. Tenemos á D. Hilario Elguero, columna del partido conservador; columna esbelta y elegante, pero de fierro. Este señor es un perfecto GENTLEMAN y un jurista perfecto; no

parece que tenga fe, ni mucha ni poca, en el buen éxito de la causa, y creo que en el fondo desprecia un poco á las clases altas, de cuyos títulos no diremos que se ríe, pero sí que se sonríe y que HA ENTRADO por compromiso con muchos que no han querido entrar, como los Sres. Couto, Pesado y Carpio, radicales arrepentidos, y Arango, etc., etc. El Sr. Arzobispo ha puesto allí también su mano. Al Sr. Elguero, que tiene la seguridad de contar siempre con el respeto de todos, aun cuando sea un vencido, pertenece de seguro el párrafo del manifiesto del Gobierno conservador que dice: «el Gobierno apurará todas las medidas posibles para que cese el conflicto de las armas y se asegure la unidad nacional por medio del patriotismo y del convencimiento... Los actuales ministros protestan ante Dios y ante la Nación que han hecho el sacrificio más costoso al encargarse de las respectivas secretarías del despacho, y que la única recompensa á que aspiran es la unión de todos y volver á la vida privada.» Este manifiesto tan sincero, tan académico, tan moral, tan cándido, «el Gobierno, dice, opondrá á un plan que todo lo destruye OTRO QUE LO CONSERVA TODO»; este manifiesto es, sobre todo, un manifiesto católico; no está dirigido tanto á los ciudadanos como á los creyentes: «calmar los ánimos, añade, y presentar el Gobierno como una administración compuesta de hijos fieles de la Iglesia católica y deseosos de dejar á su patria y á su posteridad ejemplos dignos de sus mayores, es el deber más imperioso.» Y con un valor estupendo agrega: «Á la verdad y á la justicia apela el nuevo Gobierno y por ellas quiere que sean calificados todos sus actos. El día que engañe ó atropelle las leyes de la moral pública; el día que puedan decir los ciudadanos: esta administración oprime, es inicua, arbitraria, y no se dirige sino por las pasiones malignas y por el espíritu de partido, recaiga sobre el Gobierno el anatema nacional.» San Bernardo no hablaría de otro modo, y los puros deben recoger esa prenda y guardarla para el día de la liquidación final.

☉ Efectivamente, el partido conservador pensante, el educado por Alamán, había tomado la cabeza del movimiento; no era el santanismo, sino el que habría aceptado como Constitución las BASES ORGÁNICAS mediante la restricción de dos ó tres libertades en ellas consignadas; el santanismo era el conservatismo de los soldadones, de los que se proclamaban partidarios de la Iglesia para explotarla mejor, de los aventureros del cuartelazo y del sablazo (en ambos sentidos). No, el partido que había subido al poder (en virtud del cuartelazo de Tacubaya), era el de los abogados conservadores y de los obispos; podía poner sobre la cabeza del águila nacional, no un sombrero montado, sino una borla de doctor, y eso no habría sido un Gobierno sino un GREMIO Y CLAUSTRO si el elemento militar, casi todo santanista, por cierto, no hubiese clavado el manifiesto en la punta de las bayonetas, para difundirlo á fuego y sangre, con asombro de sus autores, que se fueron retirando á la vida privada de la que no tornaron á salir. Ese elemento militar no tenía por representante más conspicuo á Zuloaga, sino á Osollo y Miramón. Y la verdad es que una de las buenas fortunas de la reacción fué esta súbita inyección de savia aventurera, novelesca y joven, representada por aquellos dos muchachos, de treinta años el uno y de veintiséis el otro (Miramón), y por el grupo que los siguió.

☪ Osollo era un criollo (hijo de español) educado en el Colegio Militar, severo consigo mismo para poderlo ser con sus soldados, adorado de éstos, temido y respetado por los adversarios. Su valor era tranquilo, pero incansable; su audacia reflexiva, pero indomable; hijo del Colegio Militar, había seguido su carrera por grados rápidos, y cuando hubo llegado al puesto en que los oficiales mejicanos se pronunciaban para ser generales, el coronel Osollo sintió el derrumbe de Santa Anna sobre su cabeza. Tenía una religión el coronel de veinticinco años: el honor del ejército. Muy poco devoto del clero, al grado de que los liberales, y sobre todo D. Miguel Lerdo de Tejada, creyeron poderse atraer, Osollo aceptó la alianza con la Iglesia como una fuerza más para la clase militar, que no podía concebir sino como clase privilegiada, y desde entonces conspiró sin tregua. Él sacó á la gran fracción del ejército que había traicionado á Comonfort, de la Sierra poblana y la hizo adueñarse de Puebla; él fué alma de la organización de la defensa, y en Ocotlán con el gallardo Aljovín y con Miguel Miramón y los jóvenes oficiales Revueltas, Sóstenes Rocha, Manuel González, José Montesinos y otros, que luego habían de marcar hondo surco en nuestras guerras civiles, estuvo á punto de adueñarse de la victoria que al fin se les escapó en los parapetos y trincheras de Puebla. Comonfort tenía una debilidad por este caballeresco oficial. ¿Algún dulce recuerdo de días juveniles? ¡Quién sabe! El Presidente fué siempre un gran amoroso; algo se murmuraba; lo cierto es que los esfuerzos que hizo para atraerse al joven adalid reaccionario fueron tan perseverantes como inútiles. Osollo, proscripto, volvió al país, y maniobrando con el ejército pronunciado en San Luis, contra las fuerzas de Parrodi y del digno y soberbio oficial Silverio Núñez, procuró salvarlo hasta que en la Magdalena cayó herido y vencido en poder de sus enemigos, que siempre lo vieron con simpatía. Mutilado y enfermo, esperó.

☪ Cuando se pronunció el general De la Parra contra Comonfort en los días ominosos que siguieron al golpe de estado, la ciudad de Méjico vió una tarde cruzar de Oriente á Poniente, caballeros en sendos corceles de campaña, á dos oficiales que iban seguidos hasta la Acordada por los vivas de las tropas sublevadas y por el asombro de los liberales, que los pudieron detener y no lo hicieron. El uno era un manco, recio, de mirada de águila y de fisonomía seria, bravía; era el otro un moreno de grandísimos ojos negros y airoso en su pequeño cuerpo, ágil y elegante, como era simpático su rostro risueño y decidido. Éste era Miramón, el otro Osollo, populares entrambos; sus hazañas temerarias se contaban en los salones y en las sacristías y en las porterías de Méjico y de Puebla, y tenían su leyenda romántica de bravura y de odio á los Puros; eran esos mancebos los paladines del Altísimo, los soldados de Dios. Eran unos soldados de Dios, regocijados y de buen humor, sobre todo Miramón y sus íntimos, muchachos que habían llevado en Méjico LA GRAN VIDA, un poco tenoriesca, un mucho arriesgada en complots y travesuras peligrosas, á lo D'Artagnan, porque hay que advertir que aquellos intrépidos cruzados leían más á Dumas que al padre Croisset. Pero eran hijos de militares, se habían batido desde niños (Miramón en Chapultepec contra los americanos), habían vivido en una atmósfera de pronunciamientos y



Don Luís Osollo

Osollo era un criollo (hijo de español) educado en el Colegio Militar, severo y respetado por los soldados, adorado de éstos, temido y respetado por los adversarios. Su valor era tranquilo, pero incansable; su audacia silenciosa, pero indomable; hijo del Colegio Militar, había seguido su carrera por grados sucesivos, y cuando hubo llegado al puesto en que los oficiales mejicanos se presentaban para ser generales, el coronel Osollo sintió el derrumbe de Santa Ana sobre su cabeza. Tenía una religión el coronel de veinticinco años: el honor del ejército. Muy poco devoto del clero, al grado de que los liberales, y sobre todo D. Miguel Lerdo de Tejada, creyeron poderse atraer, Osollo aceptó la alianza con la Iglesia como una fuerza más para la clase militar, que no podía concebir sino como clase privilegiada, y desde entonces conspiró sin tregua. El jefe de la gran fracción del ejército que había traicionado á Comonfort, de la Sierra pobliana y la clase industrial de Puebla; él fué alma de la organización de la defensa, en Puebla, con el general Aljovín y con Miguel Miramón y los jóvenes oficiales Zavala, Soteros, Rocha, Manuel González, José Montesinos y otros, que luego hubieron de marcar hondo surco en nuestras guerras civiles, es- tando ya pronto de celebrarse de la victoria que al fin se les escapó en los parapetos de Puebla. Comonfort tenía una debilidad por este caballeresco espíritu, digno de un recuerdo de días juveniles? ¿Quién sabe! El Presidente fué derrotado y se retiró, pero se murmuraba; lo cierto es que los esfuerzos que fueron tan perseverantes como los de Osollo, pronto se retiró al país, y maniobrando con el ejército pronun- cialista, contra las fuerzas de Parodi y del digno y soberbio oficial de la Magdalena, procuró salvarlo hasta que en la Magdalena cayó herido y ven- dido en poder de sus enemigos, que siempre lo vieron con simpatía. Mutilado y enfermo, espiró.

Cuando se pronunció el general De la Parra contra Comonfort en los días oscuros que siguieron al golpe de estado, la ciudad de Méjico vió una tarde cruzar de Oriente á Poniente, caballeros en serenos porcos de campaña, á dos oficiales que iban seguidos de la Acordada por los vivas de las tropas sublevadas y por el entusiasmo de los liberales, que los pudieron detener y no lo hicieron. El uno era un hombre, robusto, de mirada de águila y de fisonomía seria, bravia; era el otro un joven de grandes ojos negros y árido en su pequeño cuerpo, ágil y resaca, como era simpático su rostro risueño y decidido. Éste era Miramón, el jefe de la gran fracción popular; sus hazañas temerarias se contaban en los salones y en las salas de baile y en las porterías de Méjico y de Puebla, y tenían su leyenda romántica en la bravura y de odio á los rufos; eran esos mancebos los paladines del Altísimo, los soldados de Dios. Eran unos soldados de Dios, regoci- jados y de buen humor, sobre todo Miramón y sus íntimos, muchachos que ha- bían llevado en Méjico la gran vida, un poco tenoríesca, un mucho arriesgada en complots y travesuras peligrosas, á lo D'Artagnan, porque hay que advertir que aquellos intrépidos cruzados leían más á Dumas que al padre Croisset. Pero sus hijos de militares, se habían batido desde niños (Miramón en Chapultepec contra los americanos), habían vivido en una atmósfera de pronunciamientos y

